

NOTAS SOBRE LA NOVELÍSTICA DE LA VIOLENCIA EN COLOMBIA (1)

POR

ALBERTO ZULUAGA OSPINA

I

Para un estudioso del idioma, la literatura es un estilo del acervo lingüístico, especializado a base de estética. En esta oportunidad, aunque sin desconocer los valores artísticos, pretendo detenerme fundamentalmente en los aspectos sociológicos de una parte de la literatura narrativa colombiana.

La novela no posee el mismo valor documental que un relato histórico, pero ofrece una descripción más minuciosa y sutil de los detalles psicológicos, de la atmósfera y de las trivialidades que integran la vida diaria. Quizá la obra literaria no dibuje las líneas generales de la situación de una comunidad, pero, con frecuencia, presenta la vida de gentes comunes y corrientes, más típicas, en cierto sentido, que las figuras históricas.

Alguien ha dicho acertadamente que la verdadera historia de Latinoamérica está en su novela; en verdad, la narrativa hispanoamericana refleja con especial fruición los conflictos entre las culturas nativas y las de europeos y africanos, los antagonismos entre los diversos grupos sociales nacionales y otros problemas regionales específicos.

Precisamente, la concentración en la crítica social con los consiguientes planteamientos más sociológicos que psicológicos, el predominio de temas rurales y de provincia, cierta tendencia al personaje tipo y una notoria preocupación por comprometer también al lector —más interesado, por su parte, en los temas que en la técnica— caracterizan nuestra novelística.

II

A pesar de las fuertes contradicciones en que se debate nuestro país —en Bogotá misma, un buen observador puede apreciar diferen-

(1) Conferencia dictada el 18 de mayo de 1967 en el Colegio Mayor de Nuestra Señora de Guadalupe, Madrid. El autor atestigua la escasez de disponibilidades bibliográficas en España, para el estudio de la literatura colombiana.

cias de siglos entre un peón de hacienda y un obrero de fábrica (2)—, la fisonomía de Colombia ha cambiado fundamentalmente en los últimos años.

El desarrollo capitalista colombiano parte de aquella época llamada por las crónicas «la danza de los millones», entre los años 1925 y 1929, durante los cuales fueron invertidos unos doscientos millones de dólares en lo que los economistas llaman equipo básico—carreteras, ferrocarriles, electrificación, etc., con esto la organización colonial y las viejas formas culturales nuestras comenzaron a derrumbarse (3).

Surgieron la actual industria, los cuadros financieros, el sindicalismo urbano, la clase mediatizadora de las antiguas relaciones personales entre el trabajador y el patrono. Entró el país en la vida moderna con toda la problemática inherente a ella.

La ordenación patriarcal de la familia se arruinó al impacto de fábricas y de oficinas; la antigua generosidad y la honradez comercial se convirtieron en anécdotas del tiempo campesino, se transformaron en «la fiebre del oro»—se sabe, por ejemplo, que entre 1947 y 1949 las cinco más grandes empresas del país: Coltejer, Fabricato, Colombiana de Tabaco, Cementos Diamante, Azucarera del Valle, con un capital de cincuenta y cuatro millones obtuvieron utilidades líquidas declaradas de ciento veintitrés millones, o sea, un promedio de doscientos veintiséis por ciento (4)—, el poeta, el abogado, el sacerdote, dejaron de ser las únicas figuras claves de la sociedad, a su lado apareció el técnico, eficaz aunque huérfano de cultura; el clero, más bien sedentario hasta entonces, comenzó a participar en la acción sindical; la literatura costumbrista, nacida en la perspectiva plácida de un mundo aldeano que se mira a sí mismo y la poesía de romances púdicos perdieron actualidad, dieron paso al documento y la poesía social comenzaron a reflejar un mundo cada vez más desgarrado e incitante (5).

Nota: Los aspectos sórdidos de la acumulación capitalista y el empobrecimiento de las familias trabajadoras pueden apreciarse, tal vez mejor que en las estadísticas, en novelas como *Hombres sin presente*, *Casa de vecindad*, *El pantano*, de Antonio Osorio Lizarazo; *Al pie de la ciudad*, novela desapacible en que Manuel Mejía Vallejo denuncia, amargamente, aunque sin tremendismo, la miseria de las gentes de un arrabal.

(2) Véase GERARDO MOLINA: *Proceso y destino de la libertad*. Ediciones Universidad Libre. Bogotá. Especialmente el capítulo «Contribución al estudio de la libertad en Colombia».

(3) Véase DARÍO MESA: *Los últimos treinta años de nuestra historia*. Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia.

(4) Véase RAFAEL BAQUERO: *La economía nacional y la política de guerra*. Bogotá.

(5) Cf. Nota núm. 3.

En ningún momento esa evolución del país ocurría en forma equilibrada; en el fondo de esa nación burguesa pervivían un país agrario, unos partidos políticos policlasistas, basados en «odios heredados», y determinados por grupos burocráticos dedicados a luchar por el control del Estado concebido como un botín presupuestal. Esa áspera lucha determinó la aparición del siniestro fenómeno de la violencia, que nos ha merecido a los colombianos la marca de bárbaros.

Hace apenas una semana, en un informe sobre las guerrillas en Hispanoamérica, una revista española encabezó el comentario acerca de Colombia, de esta manera:

«Colombia, el país de la alucinante violencia, le llaman algunos. Razones para la definición se encuentran en la bárbara guerra civil de cinco años, a partir del asesinato del líder Jorge Eliécer Gaitán en 1948. Trescientos mil muertos se cosecharon» (6).

La violencia en Colombia no fue propiamente una guerra civil, ni duró cinco años, ni ocurrió exactamente a partir del asesinato de Gaitán, ni es seguro que los muertos hayan alcanzado a trescientos mil, ni, mucho menos, los hemos considerado como una cosecha.

III

Considero necesario estudiar ese hecho con un interés patriótico de superación, con ánimo de tener un diagnóstico acertado de Colombia. Anoto previamente que ese fenómeno no ha sido insólito en la historia humana; se ha repetido en todos los tiempos y, quizá, en todos los rincones de la tierra; con sobrada razón alguien ha dicho que «la violencia es la partera de la historia».

Ese proceso de destrucción en su fase caótica, incontrolable, ocurrió en Colombia en dos épocas: entre 1950 y 1953, y entre 1955 y 1958; antes de 1950, como en otras épocas, tuvieron lugar conflictos teléticos, asonadas, crímenes que han sido una explosión de frustraciones colectivas acumuladas (7).

Desde luego, los estudiosos han anotado múltiples causas a la violencia: la ferocidad de las organizaciones tribales precolombianas, las crueldades de la conquista, la eclosión de violencia durante la emancipación, la interpretación partidista de la historia, la opresión secular

(6) «S. P.»: *Las guerrillas en Hispanoamérica*. Madrid, 7 de mayo de 1967, página 26.

(7) Véase GERMÁN GUZMÁN, ORLANDO FALS BORDA y EDUARDO UMAÑA: *La violencia en Colombia*. Dos tomos, Ed. Tercer Mundo. Segunda edición. Bogotá, 1962.

de que ha sido objeto el campesino, el sectarismo político, la impunidad, la avidez inescrupulosa de quienes la aprovecharon como medio de enriquecimiento, el machismo tropical, el ejemplo de las pavorosas orgías de sangre que acababan de sufrir algunos países europeos.

Siendo así, que la violencia ha estado empotrada en la estructura tradicional de la sociedad y en los patrones culturales nuestros, sólo basta señalar los factores desencadenantes; para ello me permito transcribir dos declaraciones: una extraída de un estudio titulado *Criminalidad*, publicado por el Estado Mayor de la Policía Nacional en 1959: «El empleo de la policía como fuerza de choque para garantizar triunfos electorales y respaldar autoridades sectarias fue, a nuestro criterio, la causa mayor de la violencia» (8) y la otra extraída de los Anales del Congreso, 6 de septiembre de 1962, en un debate protagonizado por el ministro de Guerra: «Todos sabemos cuál es el origen de la violencia en Colombia (...); quién ha impuesto a esa masa ignara (...), a esa masa que no ha tenido redención, ese morbo de la violencia. Y sabemos que no fueron las Fuerzas Armadas las que dijeron a los campesinos que fueran a matar para ganar elecciones..., sino los representantes y los senadores y los políticos colombianos» (9). Los comienzos podemos datarlos en 1946, cuando comenzaron a ocurrir conflictos considerados como retaliaciones de los ocurridos en 1930, año en que había entregado el poder el partido político que ahora lo recuperaba.

En su abrumadora mayoría el elemento humano del conflicto fueron campesinos elementales, de un nivel ínfimo de escolaridad, pertenecientes a la religión católica, exaltados en política, abundantes en el derroche de bebidas embriagantes, sensibles a nuestra música, poseedores de un fino sentido de captación, desconcertante capacidad de resistencia. Ignorados por los grupos dirigentes—quienes sólo se han acercado a ellos con propósitos demagógicos y de explotación económica—, estos campesinos colombianos viven en grupos vecinales llamados veredas; allí sostienen sus actividades laborales, desarrollan un rudimentario sentido comercial, aprenden la filosofía de lo práctico, encuentran afinidades psíquicas, emoción vital, amigos, novia y esposa, sufren el proceso natural de actitudes y hábitos y hallan relaciones sociales que forjan al ciudadano (10).

Sobre este elemento humano se ensañó el jinete apocalíptico de la violencia; de él surgieron también los grupos que actuaron física-

(8) Citado por Mons. GERMÁN GUZMÁN y otros: *La violencia en Colombia*, tomo 2, p. 35.

(9) *Ibidem*, tomo 1, p. 389.

(10) *Ibidem*, tomo 1, p. 151.